

los veamos vencidos, ó indefensos; y el hacerles daño en su propiedad, ó quitarles la vida, sólo puede justificarse: lo primero, en el caso de ser necesario privarles de medios para subyugarles; y lo segundo, cuando pongan en peligro nuestra existencia, que entonces es ni más ni menos que homicidio en defensa propia.

Nada podrá ensalzar más al vencedor, que la generosidad y vengencia que lleve á cabo con el vencido; á quien además de haber desarmado por la fuerza, le obliará á hacerse amigo por la gratitud.

DEBERES PARA CON LOS SERES INFERIORES.

CAPÍTULO XVI.

Deberes con los seres inferiores. — Cuidados debidos á los animales. — Cuidados que debemos á las plantas. — Deberes para con todos los seres de la naturaleza.

Deberes con los seres inferiores. — Vistos los diferentes deberes del hombre para con sus semejantes en todas las escalas de la vida social, tenemos que tratar de otros que le atañen de cerca; estos son respecto de los seres inferiores: los animales y las plantas. Hemos dicho diferentes veces en el curso de esta obra que, cada deber tiene por consecuencia el correspondiente derecho; y al tratar de los deberes del hombre para con los seres inferiores, podríamos creernos en contradicción con nuestro aserto. Los animales y mucho más las plantas, no pueden en nada corresponder á nuestro deber de cuidarlos y tratarlos de una manera humanitaria, porque careciendo por lo menos de voluntad y razón, son irresponsables de sus hechos; y por tanto, no pueden tener deberes. Al llamarles irracio-

nales, damos á entender que obran por las necesidades de su propia naturaleza y sus acciones no son guiadas por la razón y el juicio.

Sin embargo, la existencia de nuestros deberes hacia ellos, no es menos cierta por lo que acabamos de decir. Sabemos que el hombre puede servirse de todos los objetos de la naturaleza, cuando de ello obtenga un *beneficio*; pero tiene el deber de no *abusar*, porque el abuso en todos casos es perjudicial, y por tanto, se ve obligado á evitarlo.

Al hablar de la caridad, dijimos que se extendía hasta á los animales perjudiciales al hombre, respecto de los cuales aunque no nos proporcionen ninguna utilidad, por nuestra propia conservación y seguridad, tenemos derecho de destruirlos; pero de ningún modo hacerles sufrir más de la necesario.

Sabemos también que esos seres y especialmente los animales domésticos, manifiestan de la manera más expresiva y clara que tienen afectos; vemos las señales de agradecimiento que dan cuando les hemos hecho algún bien, y casi no puede ponerse en duda que, son susceptibles al amor y al odio.

Las personas que se dedican á educar animales, hasta en muchos de los clasificados en la más baja esfera de la escala zoológica, descubren propiedades verdaderamente asombrosas, y en especial lo que al *cariño*, si así puede llamarse, el afecto que demuestran hacia la persona que los cuida y alimenta. Siendo así, si cada uno de esos seres se

presta á servir incondicionalmente á la persona que se toma la pena de educarlo; debemos de considerar que, si tenemos á nuestra disposición el afecto de que son susceptibles y de sus servicios, y que por el hecho de ser hombres también nos pertenece su existencia, la razón nos hace ver, que el hacerles sufrir sin necesidad, es injusto y criminal.

Las leyes de casi todos los países civilizados, de acuerdo con la manera de pensar de la mayor parte de las personas inteligentes y sensibles, que ven con manifiesta repugnancia que se haga sufrir á un animal, castigan con severas penas al hombre que se degrada á tales prácticas. El que así obra, se iguala á su víctima, y en muchos casos se rebaja más. Es necesario hacer notar que el niño ó la persona mayor que se goza en hacer sufrir á los animales, no es difícil que si puede, lo llegue hacer con alguno de sus semejantes.

Si nuestra dignidad de seres inteligentes y libres, superiores á todos los otros seres que viven sobre la tierra, la desdeñamos hasta el extremo de hacernos iguales, ó más bajos todavía que los irracionales, en ese caso, puede admitirse el derecho de hacer con ellos lo que bien nos plazca; pero si nos queremos sostener á la altura de racionales, debemos de evitar en cuanto esté á nuestro alcance, todo sufrimiento innecesario á esos desgraciados seres.

Cuidados debidos á los animales.—La persona que por gusto, ó por necesidad tiene en su pose-

sión un animal cualquiera que sea, se ve obligado á alimentarle, cuidar de él en todos los casos y circunstancias; atenderle cuando esté enfermo, y tratar por todos los medios á su alcance evitarle todo dolor y sufrimiento. Esto no puede ser más natural: si por ejemplo, tenemos un perro que cuide la casa, una finca, ó bien para que nos sirva de distracción y compañía, demostraremos tener sentimientos más pobres que los del mismo animal, si no nos mostramos agradecidos á sus servicios; y le pagamos alimentándolo y cuidándolo tal y como necesite. Si un perro gato, ó pájaro, nos sirve de distracción, por nuestro capricho, le robamos la libertad, le privamos de servirse de sus instintos para atender á sus propias necesidades buscándose el alimento, y en este caso, nada podrá justificar nuestra conducta, si abandonamos á aquel ser y le dejamos morir de hambre.

Cuidados que debemos á las plantas. — Las plantas como sabemos, crecen y viven en los terrenos donde la simiente ha encontrado un sitio á propósito para crecer y desarrollarse, y donde la naturaleza probee por la existencia de aquel ser. Si por su forma, su aroma, ó por cualquier otra causa, la trasplantamos y la colocamos en el sitio que bien nos plazca, debemos de proporcionarle, lo que por su parte le proporcionaba la naturaleza; porque de otro modo, habremos sacrificado innecesariamente á nuestro capricho y sin beneficio alguno, una vida, que por leyes des-

conocidas á nosotros, debiera desempeñar sobre la tierra su misión especial.

Deberes para con todos los seres de la naturaleza. — El ser humano que goza del privilegio especial de ser superior á todos los otros que nos rodean, y los cuales con toda probabilidad, han sido destinados á servirnos de algo en la vida, se ve indisputablemente obligado á respetar los designios de esa *Gran Causa*, de que también él es un efecto; y servirse de todo que le ha sido puesto á su disposición, en la forma y medida que requieran sus necesidades. Si no lo hace así, y á su antojo destruye la vida bajo cualquier forma que esta se manifieste, sin contar con la degradación de sus sentimientos, indudablemente en muchos casos obrará en contra suya; puesto que si raciocinamos un poco, veremos que todos los días la ciencia descubre animales, plantas y minerales que nos sirven de alimento, de medicina para aliviar nuestros dolores y curar nuestras enfermedades, para satisfacer nuestros caprichos, y finalmente para distracción. De esto no podemos tener la menor duda, porque hoy encontramos en los mercados, animales y otras sustancias que, consideramos como artículos de primera necesidad, y que hace cincuenta años eran desconocidos por completo hasta las personas más aventajadas en las ciencias. Hace pocos años, se talaban los bosques simplemente por la facilidad de obtener combustible, ó bien para disponer con poco trabajo de terrenos vírgenes; hoy, no sólo

se ha llegado á descubrir el error porque por falta de lluvias, se han visto terrenos fertilísimos convertirse en páramos estériles; sino que los legisladores, prevenidos por los descubrimientos de la ciencia, han dado en muchos países civilizados; leyes que regularizan el corte de los bosques, de tal modo, que siempre quede una cantidad suficiente para conservar las condiciones de clima y humedad en que deben encontrarse los terrenos. Igualmente ha sucedido con gran número de animales que, sin provecho alguno, fueron por completo destruidos; y que ya tarde el hombre rompiendo poco á poco el velo de su ignorancia, ha visto que si existieran podrían hoy facilitar el sostenimiento de miles de seres humanos.

Así pues, aunque estemos lejos de admitir que los nobles sentimientos humanitarios puedan ser pospuestos al egoísmo del bien personal, diremos sin embargo que, en la tierra no debe destruirse la vida de ningún ser que no nos cause daño, ya sea guiados por nuestros sentimientos, ya sea porque puedan producirnos algún bien.

DIOS.

CAPÍTULO XVII.

¿Existe Dios? — Deberes para con Dios. — Religión. — Culto. — Tolerancia religiosa. — Fanatismo religioso. — Todos los hombres, cualquiera que sea su raza, color, ó creencia religiosa, son nuestros hermanos.

¿Existe Dios? — Hasta aquí nos hemos ocupado en dar una ligera idea del ser humano, psicológica y físicamente considerado; de los fenómenos que en él ocurren, así como de los deberes físicos, morales é intelectuales del individuo; aquellos que tenemos para con la familia, la sociedad, la patria, y los seres inferiores de la naturaleza.

Nuestra tarea parece á la simple vista terminada; pero no podríamos hacerlo, sin preguntarnos lo que todo hombre se pregunta ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? Estas preguntas nos llevan á pensar en una cosa superior á nosotros, y de la cual necesariamente proceden todos nuestros deberes, siendo así que somos en alma y cuerpo una obra directa del Creador ó Dios.

Pero antes nos preguntamos si Dios existe, vamos á verlo. En el curso de nuestro trabajo, hemos considerado cada uno de los asuntos tratados, como efectos de causas que los producen; y también nosotros somos uno de esos efectos que,

necesariamente, ha tenido que tener una causa; porque la ciencia y la razón, niegan la existencia del *azar*, ó *accidente*. La ciencia apoyada en este principio, para llevar á efecto sus investigaciones, busca siempre las causas; y como los conocimientos limitados del hombre no permiten ir muy lejos en la investigación, cuando no se puede llegar más adelante, se admite que más allá hay una *razón porqué*; pero se niega siempre el *acaso*, porque en la naturaleza todo obedece á leyes fijas.

Vemos correr las aguas del tranquilo arroyuelo, y enseguida pensamos que vienen de un manantial, que van á formar parte de un río, y que se pierden en el mar. Pensamos más; el manantial procede de las aguas de lluvia que han caído en el terreno, y filtrándose en él, se introducen en la tierra hasta llegar á una capa dura, la que no pudiendo atravesar, les hace buscar el camino para salir al exterior, y ya tenemos el manantial formado. De esto estamos convencidos; pero sigamos investigando: la lluvia es el resultado de la condensación de los vapores de agua reunidos en la atmósfera en forma de nubes, y á su vez éstas, se forman de la evaporación constante de las aguas del mar, los lagos, los ríos, y de todas superficies húmedas sobre la tierra. Hemos explicado casi toda la cadena de causas y efectos que tienen por consecuencia el arroyuelo, y nos falta ver que, el agua, es un cuerpo compuesto de dos gases llamados *oxígeno* é *hidrógeno*, los que combinados en la proporción de peso de ocho

partes de oxígeno por una de hidrógeno, forman el agua.

Ya no puede buscarse nada más, los dos gases nombrados son *cuerpos simples*, y no sabemos qué *causa* los ha producido* ni porqué se encuentran en la naturaleza.

Respecto del hombre nos vemos en igual caso; sabemos que la causa inmediata del nacimiento de un niño, son la madre y el padre; pero como todas las cosas que conocemos en el mundo físico, tienen principio, ignoramos cual fué el de esa cadena de padres é hijos que forman las generaciones en la humanidad.

Otro tanto encontraremos si investigamos con el huevo de la gallina y con una simiente: el huevo produce el pollo; y la semilla, otra planta semejante á la que la produjo.

Llegados ahí, los naturalistas quisieron hallar una sustancia común origen de la vida, y encontraron el *protoplasma*, ó sea la más pequeña entidad de la materia viviente, y de la cual se forman y desarrollan todos los seres vivos de la naturaleza.

Algunos sabios, han pretendido explicar la presencia del hombre sobre la tierra por el desarrollo progresivo de ese protoplasma, el que según ellos,

* Los químicos, pueden por medio de combinaciones obtener los mencionados gases; pero debemos de tener en cuenta que el hombre, no puede ni aumentar ni disminuir la cantidad que de cualquier *cuerpo simple* existe en la naturaleza; podemos combinar ó separar, pero no crear.

por los procesos constantes de evolución y desenvolvimiento, llega á constituir desde las formas más bajas y rudimentarias de la materia organizada y viva, á las más altas y complicadas: hasta el hombre. Pero ese protoplasma según la ciencia, no puede existir sin que otro le haya dado la existencia, y más aún,* hoy se cree que en breve podrá sentarse una teoría física de herencia en cada especie de seres vivientes.

En el primer caso, el protoplasma dijimos que debe su existencia á otro que le ha preexistido, y nos encontramos al fin, preguntándonos quién dió la vida al primero. Si el protoplasma es hereditario, vemos que el hombre y todos los otros seres, fueron puestos en la tierra, ó creados tal como los vemos hoy, y nadie puede soñar que pudieran formarse á sí mismos, porque sería absurdo.

Esto, nos dice que hay una *Causa Creadora*, origen de todo cuanto existe. Esa *Causa*, tiene que ser inteligente, porque de otro modo no hubiera podido crear la inteligencia; tiene que ser infinitamente sabia, porque de no serlo, no podría ordenar y regir el movimiento regular de los millones de astros que, con precisión matemática, ruedan por la esfera del universo de los mundos. Ha de ser la perfección misma, porque de no ser así, nosotros, una parte de su obra, no

* The Advancement of Science for the Last Half-Century, por Huxlev.

podríamos concebirla; y finalmente, ha de ser infinitamente buena, cuando infundió en el hombre ese sentimiento tan sublime que se llama *amor*.

Á esa causa que representa el infinito en bondad, sabiduría y poder, que es la perfección absoluta, que nos presenta á la naturaleza regida con leyes inmutables, Cicerón la llama *Causa de las Causas*, y nosotros la llamamos, *Dios*.

En el curso de nuestra obra hemos seguido en cuanto nos ha sido posible el camino marcado por la ciencia, y ahora hemos visto la conclusión de la existencia necesaria de una Causa Creadora; pero debemos añadir que, si la ciencia la encuentra, los hombres en todas las edades y en todos los pueblos, han reconocido siempre la existencia de un Dios, al que bajo diferentes formas y nombres, todos en general han atribuido propiedades idénticas. Ahora veamos los deberes que tenemos con El, ó sean los deberes religiosos, base de la moral según unos, complemento necesario según otros.

Deberes para con Dios. — Convencidos de la existencia de Dios, principio y fin de todas las cosas, incluso del hombre, claro está que la razón nos indica que tenemos deberes para con Él, y los que en otros capítulos mencionamos, no son más que la emanación directa de estos. Si amamos á nuestros padres porque han sido la causa inmediata de nuestra existencia, y por los bienes que nos prodigan, se ve que por la misma razón, y en circunstancias infinitamente mayores, tenemos que amar al Creador, del que directa é indirectamente de-

pendemos. Si respetamos á los padres, con mayor razón tenemos que hacerlo al Ser origen de toda sabiduría; y el amor y el respeto deben constituirse en adoración, con sólo considerar los atributos del ser á que los dedicamos.

Los deberes todos para con Dios, se encierran en el sublime amor que sus infinitas bondades nos inspira; y todos los que tenemos para nuestros semejantes, lo mismo que para los animales, emanan directamente de Él, puesto que cuanto existe en la naturaleza, es su obra; y mal podríamos respetar al artífice, si no repetamos su trabajo.

Religión.—Consiste en el reconocimiento de un Dios, y en la, práctica del culto religioso inspirado por Él, por el cual le hacemos objeto de nuestra verdadera adoración, amor, obediencia y respeto. Sus atributos, nos inspiran los sentimientos piadosos más elevados, y que más puedan asemejarse á su perfección. La religión, denota la influencia y las causas de los deberes humanos, fundados en el carácter y la voluntad de Dios.

No cabe la menor duda que, probada la existencia de Dios, las creencias religiosas han de tenerse como una parte esencial de la moral; puesto que si negásemos el principio y el fin, imposible sería que pudiéramos creer en los medios, ó sea, en los deberes que tenemos para con nosotros mismos, para con nuestros semejantes, y para con los otros seres de la naturaleza.

Culto.—Es la manifestación que hacemos del amor, respeto y adoración que debemos á Dios, y

podemos hacerlo en nuestro más absoluto recogimiento cuando nuestra alma se eleva por amor á casi identificarse con su Creador, en cuyo caso le denominamos culto interno; ó bien podemos hacerlo públicamente en reunión de otras muchas personas, y entonces le llamamos, culto externo.

Tolerancia religiosa.—Los hombres procediendo todos del mismo Creador, parece natural que debiéramos rendirle culto de la misma manera; pero como no es así, el hombre no podría vivir con sus semejantes, si pretendiera imponer á todos los que le rodean sus propias ideas religiosas. Si nos creemos inviolables en el sentido de que respeten aquello más elevado que hemos podido imaginarnos, nada más natural que nos impongamos el mismo deber respecto de los demás.

Es perfectamente lícito entre personas inteligentes y razonables, tratar de propagar sus ideas religiosas, cuando tienen el convencimiento de que las suyas son las mejores; pero esta propaganda, debe hacerse únicamente por medio de la palabra y jamás pretender hacerlo á la fuerza en ningún caso, ó circunstancia; puesto que el que así lo hiciera, en defensa del bien ejecutaría el mal, lo que á todas vistas es reprensible y opuesto á la verdadera idea de religión.

Fanatismo religioso.—En religión, cuando una persona deja de tener la fuerza de voluntad y la razón suficientes, para no traspasar los límites á los que debe ceñir sus prácticas y también sus ideas, se convierte en lo que llamamos *fanático*;

resultado de la debilidad de sus facultades, y *pasión*, si se nos permite llamarla así, tanto más perjudicial, cuanto que tienen origen en los sentimientos más elevados del ser humano.

El individuo fanático, en su ceguedad olvida que en religión hay como en todas las cosas el límite á donde llega el *bien*, y donde empieza el *mal*; y pasado el primero, inevitablemente se incurre en el segundo.

En otro capítulo, hablamos de la degradación del hombre egoísta respecto de las cosas de la tierra; y si admitimos que ese egoísmo puede existir en muchos seres ignorantes, respecto del alma, haciendo una prudente comparación, veremos que si malo era aquel, peor ha de ser éste.

Ninguna persona que se forme una idea algo razonable del Ser Supremo, puede bajo ningún concepto, ni creer que al resto de los hombres porque no piensen como él, debe sometérselos á sufrir severos castigos, ni tampoco por capricho aislarse y retirarse del mundo para salvarse él solo; olvidando por completo la suerte que han de correr sus hermanos, sus amigos y todos semejantes en general. Los buenos soldados, no pueden ganar los laureles de la victoria donde no tienen enemigos que combatir, sino en el campo de batalla. El hombre virtuoso, tiene que obtener la victoria destruyendo el vicio; y como la virtud suprema y la verdadera religión se confunden, el hombre religioso dejará de serlo, si sólo piensa en su salvación y no hace bien alguno á los otros; los que

con el buen ejemplo, podrían mejorar de condición.

Además, rara es la persona fanática que no lleva unida á tan grave falta la de la intolerancia, y Dios, la personificación de la perfección en el sentido más extenso de la palabra, tiene que repudiar á aquellos que pretendan llegar á Él por el camino del mal. Y decimos por el camino del mal, porque el intolerante y el fanático, en cualquier religión, desde el momento que lo son, creen que sólo es bueno el que los imita, y se alejan de sus semejantes á quienes miran como la imagen del mal, y en tal caso ya no puede concebirse el bien. Hemos de tener en cuenta que, si el no hacer daño á nadie es un *bien*, el no hacer ni tratar de hacer el bien que podamos á los otros, es un *mal*; y el que se quiera guiar por el camino de la virtud y de la verdadera religión, además de llevar á efecto lo primero, tiene que necesariamente practicar lo segundo. El fanatismo religioso, como casi todos los otros males de los que una persona puede ser víctima sobre la tierra, se combate con la instrucción; y como Dios es la suprema sabiduría, ha de querer que el que le rinda culto, lo haga por convicción, no por la ceguedad compañera inseparable de la ignorancia.

Todos los hombres, cualquiera que sea su raza, color, ó creencia religiosa, son nuestros hermanos.—La ciencia moderna, no admite diferencia esencial entre las facultades de los hombres de cual-

quiera raza que sean; y desde el negro tasmano y el hotentote, hasta el más hermoso tipo de la raza caucásica, y los hombres que por su gran talento se hallan á la cabeza de la civilización, todos pertenecemos á la gran familia universal, llamada humanidad. Si todos somos hombres, y la diferencia consiste en el color, el cabello, algunos de talles anatómicos de poca importancia, y el mayor, ó menor grado de desarrollo intelectual, cosas que en circunstancias á propósito todas las razas son susceptibles de alcanzar, es lógico creer, puesto que nadie ha demostrado lo contrario que, todos venimos de un origen común; y por lo tanto, la afinidad que los unos tenemos con los otros, será más ó menos próxima; pero en esencia y en principio existe.

Reconocido esto, la moral y la religión nos dicen que, debemos de mirar á todos los seres humanos sobre la tierra como hermanos nuestros que son; si se hallan en un estado salvaje, procurar civilizarles; si su religión creemos que es mala, enseñarles la mejor; y si materialmente sufren, tratar de mejorar su condición, y de esa manera habremos cumplido con los más altos deberes del hombre.

ÍNDICE DE MATERIAS

POR

ORDEN ALFABÉTICO.

Abnegación.....	142, 143, 144
Abstracción.....	20
Abuso, el hombre debe servirse de los seres de la naturaleza sin cometer.....	172, 175, 176
y uso de las cosas.....	47
Accidente, ó azar, falta de significado de las palabras.....	52, 178
Actividad espontánea.....	21, 22
humana, causas de la.....	24, 25
voluntaria.....	21, 22
Actividades humanas.....	21, 22
Acumulación de bienes.....	74, 75
derecho de.....	74, 75
ejemplos prácticos de.....	74, 75
Adorno, cuando podremos dedicarnos á los estudios de.....	63
desventaja de los estudios de.....	63
la joven bien instruida alcanza el mayor éxito en los estudios de.....	85
personal de Cornelia.....	100, 101
de la esposa.....	100, 101
resultado de posponer los estudios de valor real á los de ejemplo.....	63, 64
Afecto mutuo y la conveniencia, producen los mejores matrimonios, el.....	94, 95, 96
Afición natural, para los estudios es una buena guía la.....	61, 62
Agua, composición del.....	178, 179